



**Homilía en la Santa Misa de funeral *corpore insepulto*
del presbítero Julián Gorostiza Carro
Colegiata de Berlanga de Duero (Soria) – 26 de mayo de 2019**

Querida familia y amigos de D. Julián: recibid mis más sinceras condolencias por el fallecimiento de este fiel sacerdote;
queridos sacerdotes concelebrantes, miembros del Cabildo Catedral;
hermanos todos de esta parroquia de Berlanga y los venidos desde otras: a todos, gracia y paz.

Nuestro presbiterio vive hoy el fallecimiento de otro sacerdote, D. Julián Gorostiza Carro, un sacerdote muy querido por todos; y estamos aquí reunidos en el magnífico marco de la Colegiata de Santa María del Mercado, donde tantas veces presidió la Eucaristía, para dar gracias a Dios por su servicio sacerdotal y por el testimonio de su vida. Y también para reconocerle su entrega, su espíritu de servicio, su disponibilidad y por el interés que puso siempre en hacer el bien y en transmitir a todos sin distinción la fe y el amor a Jesucristo.

Nuestra fe cristiana se resume en las promesas que Dios nos ha hecho. Dios prometió llevar al pueblo de la antigua alianza hasta Canaán, una tierra que mana *“leche y miel”*. Más tarde le prometió un Salvador en la persona de su Hijo que, con su Misterio pascual, muerte y resurrección, ha hecho realidad lo que nos describe el Apocalipsis en la segunda lectura de la misa de hoy: *“El ángel me llevó en espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, y tenía la gloria de Dios... Y en ella no vi santuario, pues el Señor, Dios todopoderoso, es su santuario y también el Cordero. Y la ciudad no necesita del sol ni de la luna que la alumbre, pues la gloria del Señor la ilumina y su lámpara es el Cordero”*.

La promesa de Dios para sus hijos es el cielo. Hay un más allá de la muerte que nadie pudo imaginar: Dios con nosotros, nosotros con Dios para siempre. El próximo domingo celebraremos la Solemnidad de la Ascensión del Señor a los cielos. Él es la primicia de la cosecha, el fruto temprano que nos ha ofrecido a sus discípulos: vivir felices por toda la eternidad con Dios y, en Dios, con todos los demás salvados por su misericordia. Esta es la fe que actualizamos esta tarde. Y nos da paz al contemplar el féretro que contiene los restos mortales de nuestro querido D. Julián, creer que ha recibido ya el espléndido don de vivir en la paz y la luz que no acaban. Por eso, tenemos necesidad de revitalizar en nuestra vida de cada día el sentimiento interior de que Dios nuestro Padre nos ha prometido *“enjuagar las lágrimas de los ojos... y vivir en el mundo nuevo”* que Él ha hecho para nosotros. Y hoy nos da su paz y nos asegura su presencia

continúa: *“El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él”*.

Podemos vivir en el anhelo del cielo gracias a la Eucaristía: Jesús nos ha dicho: *“El que come este pan vivirá para siempre”*. La Iglesia vive para y desde la Eucaristía, que es la fuente, centro y cumbre de la vida cristiana, y el memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Por eso, la vida de todo sacerdote y la de la comunidad se rompe o pierde su sentido y su fuerza interior cuando olvidamos que la Eucaristía prefigura lo que anhelamos, la Vida eterna. De ahí que, en estos momentos en que celebramos la Eucaristía para pedir al Señor por el alma de nuestro querido D. Julián, nos consuela *“la promesa de la futura inmortalidad”* que ha sido sembrada en él por la Eucaristía que tantas veces celebró, recibió y adoró en este espléndido templo.

La vida cristiana de D. Julián tuvo comienzo el día de su bautismo en su Casarejos natal, que le condujo después a la Eucaristía, sacramento que le ha introducido cada vez más en Jesucristo, del que ha obtenido la salvación, el perdón de los pecados y la promesa de la vida futura. Un día, por el sacramento del Orden, recibido en Almazán el 15 de julio de 1962, fue constituido en ministro de este gran sacramento. Desde aquel momento su vida sacerdotal ha estado presidida por las palabras de Jesús: *“Éste es mi Cuerpo que se entrega por vosotros. Ésta es la sangre que se derrama por vosotros y por muchos”*. La disponibilidad y buen hacer de D. Julián, su sentido del humor y paciencia, sus grandes dotes como profesor de nuestro Seminario, su valioso servicio prestado al archivo de la Catedral y, sobre todo, su tarea pastoral en esta parroquia de Berlanga desde hace más de 50 años le convierten en un referente sacerdotal para todos nosotros.

Quiero con vosotros dar gracias a Dios. De Él nos viene todo don: también nos vino el regalo de D. Julián, que acogió la llamada del Señor para vivir la vida presbiteral, siendo testigo del Evangelio con su palabra y sus obras. Con vosotros invoco la misericordia de Dios compasivo, rico en piedad, sobre su historia y sobre su persona.

Gracias a todos los que en su vida le ofrecisteis vuestra cercanía, ayuda y afecto. Gracias a vosotros, sus familiares; a sus amigos que lo habéis tratado como un hermano. Agradezco a todos vuestra presencia, signo de vuestra consideración hacia nuestro hermano y manifestación de vuestra comunión en la fe y en la esperanza.

Acompañemos a este hermano nuestro en su último viaje hacia Cristo, el Sol sin ocaso, con plena confianza en que Dios lo acoja con los brazos abiertos, reservándole el lugar preparado para sus amigos, fieles servidores del Evangelio y de la Iglesia. Que la Virgen de las Torres lo lleve de la mano. Amén.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria